

La hija del capitán

Alexandr Pushkin



TUS LIBROS
SELECCIÓN

ANAYA

Título original:
Капитанская Дочка, 1836

© De la presentación y apéndice: Vicente Muñoz Puelles, 2017

© De la ilustración: Enrique Flores, 2017

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2017

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño y cubierta: Gerardo Domínguez
Retrato de autor: Enrique Flores

Primera edición, septiembre 2017

ISBN: 978-84-698-2795-6

Depósito legal: M. 20880/2017

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

La hija del capitán



Alexandr S. Puskin

Traducción:
Amaya Lacasa

Presentación y apéndice:
Vicente Muñoz Puelles

Ilustración:
Enrique Flores

ANAYA

PRESENTACIÓN

ALEXANDR S. PUSKHN

Aleksandr Serguéyevich Pushkin nació en Moscú en 1799. Por línea paterna descendía de una de las familias más antiguas de la aristocracia rusa. Su madre era nieta de Abram Gannibal, príncipe etíope capturado de niño por esclavistas y llevado a la corte rusa, donde fue apadrinado por Pedro I el Grande. Su abuela materna y su aya le inculcaron un profundo amor por los cuentos y la poesía popular rusa. En cambio, el resto de la familia hablaba francés, como era habitual entre la nobleza. De los doce a los dieciocho años estudió en el Liceo Imperial de Tsárskoye Seló, cerca de San Petersburgo, donde empezó a escribir su largo poema Ruslán y Liudmila, que desconcertó a los poetas oficiales y cautivó a los lectores por la sencillez de su estilo.

Sus ideas liberales y la ostentación que hizo de ellas en alguno de sus poemas, como «Oda a la libertad», le acarrearón el destierro en el sur del país, al servicio del general Ínzov. Los paisajes del Cáucaso y la influencia del poeta inglés Byron (1788-1824) le inspiraron los poemas románticos «el cautivo del Cáucaso» y «La fuente de Bajchisarái». Convivió con los gitanos, tuvo amoríos y se aficionó a los naipes, al juego y a los duelos, que entonces estaban de moda. También residió en Odesa, donde empezó a galantear a la hija del general Vorontsov. Un epigrama publicado contra este le valió un nuevo destierro en la finca de su padre, en la provincia de Pskov. Allí compuso parte de su larga epopeya en verso Eugenio Oneguín, que tardaría años en acabar, el drama histórico Borís Godunov y el poema «Los gitanos». Como consecuencia de sus afinidades con los decembristas, grupo de oficiales que buscaban implantar un régimen de libertades, y que se rebelaron en 1825, fue sometido a un estricto control de los censores, que le impidieron viajar y publicar.

Su situación mejoró con la llegada del nuevo zar Nicolás I, que en 1827 le permitió volver del destierro. Conoció a Natalia Goncharova, con



quien se casó tras un primer rechazo, e ingresó en la Cancillería de Asuntos Exteriores, con un alto sueldo. En la década de los treinta conoció al escritor Nikolái Gógol (1809-1852), a quien protegió, y escribió numerosos cuentos y pequeñas tragedias. Su Historia de la revuelta de Pugachov, acertada incursión en la investigación histórica, le permitió escribir su novela más lograda, *La hija del capitán*, sobre el mismo tema.

Pese a lo elevado de su sueldo y a su éxito literario, acumuló numerosas deudas, en parte debidas a su afición al juego y a las fiestas, bailes y recepciones con los que entretenía a su esposa. Para aliviar su situación emprendió la publicación de la revista literaria *El Contemporáneo*, que llegaría a adquirir un gran prestigio en las letras rusas.

Unas insinuaciones contra su honor conyugal le llevaron a un duelo, en el que murió a manos de su cuñado, el militar francés Georges d'Anthès, a los treinta y ocho años de edad. Mucho se ha especulado sobre las circunstancias del duelo y sobre si el arma de Pushkin fue manipulada para desviar el disparo. El zar, que no debía tener la conciencia tranquila, liquidó sus deudas y concedió pensiones a su mujer y a sus cuatro hijos. El poeta romántico Mijaíl Lérmontov (1814-1841) escribió al respecto un poema titulado «La muerte del poeta», por el que fue arrestado y exiliado a un regimiento del Cáucaso.

La hija del capitán (1836), publicada en la cuarta entrega de *El Contemporáneo*, cuenta la rebelión de Pugachov, en 1773 y 1774, durante el reinado de Catalina la Grande. Ha dado lugar a una ópera del compositor ruso César Cui (1835-1918) y al menos a cinco versiones cinematográficas, de las cuales cabe destacar la dirigida en 1958 por el italiano Alberto Lattuada (1914-2005).

Vicente MUÑOZ PUELLES

Capítulo I

El sargento de la guardia

—Si mañana, pudiera ser capitán de la guardia...
—No hay necesidad; que sirva en el ejército.
—¡Bien dicho! Que sepa lo que es bueno...

.....
—¿Y quién es su padre?

KNIAZHÍN¹

Mi padre, Andréi Petróvich Griniov, de joven sirvió con el conde Münnich² y se jubiló en el año 17... con el grado de teniente coronel. Desde entonces vivió en su aldea de la provincia de Simbirsk³, donde se casó con la joven Avdotia Vasílievna Yu, hija de un indigente noble de aquella región. Tuvieron nueve hijos. Todos mis hermanos murieron de pequeños. Me inscribieron de sargento en el regimiento Semiónovski gracias al teniente de la guardia, el príncipe B., pariente cercano nuestro, pero disfruté de permiso hasta el fin de mis estudios. En aquellos tiempos no nos educaban como ahora. A los cinco años fui confiado a Savélich nuestro caballerizo, al que hicieron *diadka*⁴ mío porque era abstemio. Bajo su tutela, hacia

¹ Epígrafe procedente de la comedia *El fanfarrón*, del dramaturgo ruso Yakov Kniazhnín (1742-1791).

² Conde Münnich (1683-1767), mariscal de campo y político que sirvió en el reinado de Pedro el Grande (1672-1725) y fue exiliado a Siberia en 1741.

³ Ciudad situada en el Volga al este de Moscú.

⁴ Siervo encargado de cuidar a los hijos de una familia noble.



Lebrel: Perro al que se le dio este nombre por ser muy apto para la caza de las liebres.

los doce años, aprendí a leer y escribir en ruso y a apreciar, muy bien instruido sobre ello, las cualidades de un lebrel. Entonces mi padre contrató para mí a un francés, *monsieur* Beaupré, que fue traído de Moscú con la provisión anual de vino y de aceite de girasol. Su llegada no gustó nada a Savélich. «Gracias a Dios —gruñía este para sus adentros—, parece que el niño está limpio, peinado y bien alimentado. ¿Para qué gastar dinero y traer a un *musié*, como si los señores no tuvieran bastante gente suya?».

En su patria Beaupré había sido peluquero; luego fue soldado en Prusia y después llegó a Rusia *pour être «outchitel»*⁵, pero sin comprender bien el significado de esta palabra. Era un buen hombre, aunque frívolo y ligero de cascos en extremo. Su debilidad principal era su pasión por el bello sexo; no pocas veces sus efusiones le valían golpes que le hacían quejarse días enteros. Además, no era (según su propia expresión) «enemigo de la botella», es decir (hablando en ruso), le gustaba beber más de la cuenta. Pero, en vista de que en casa el vino se servía solo en la comida y no más de una copa, y generalmente se olvidaban del preceptor, mi Beaupré no tardó en acostumbrarse al licor ruso, y hasta llegó a preferirlo a los vinos de su país, por ser aquel mucho más sano para el estómago. Enseguida hicimos buenas migas y, aunque según el contrato tenía que enseñarme «francés, alemán y todas las ciencias», prefirió que yo le enseñara a chapurrear el ruso y luego cada uno se dedicó a sus cosas. Vivíamos en amor y compañía. Yo no deseaba otro mentor. Pero pronto nos separó el destino, y fue por lo siguiente:

Un día la lavandera Palashka, una moza gorda y picada de viruelas, y Akulka, la tuerta que cuidaba de las vacas, se pusieron de acuerdo y se arrojaron a los pies de mi madre confesando su vergonzosa debi-

⁵ Para ser «preceptor». (En francés en el original).



lidad y quejándose entre sollozos del *musié*, que había abusado de su inocencia. A mi madre no le gustaban esas cosas, por lo que se quejó a mi padre. Él hacía justicia rápidamente. Enseguida mandó llamar al granuja francés. Le dijeron que *musié* estaba dándome una clase. Entonces mi padre se dirigió a mi habitación. A todo esto, Beaupré estaba durmiendo en la cama con el sueño de la inocencia. Yo estaba muy ocupado. Es de saber que habían adquirido para mí, en Moscú, un mapa geográfico. Estaba colgado en la pared sin ninguna utilidad y hacía tiempo que me tentaba con su tamaño y buena calidad del papel. Decidí fabricar una cometa y, aprovechando el sueño de Beaupré, puse manos a la obra. Mi padre entró precisamente en el momento en que yo estaba pegando una cola de estropajo al cabo de Buena Esperanza. Al ver mis ejercicios de geografía, mi padre me tiró de una oreja; luego se acercó corriendo a Beaupré, le despertó con bastante poco miramiento y le reprochó su descuido. Beaupré, confundido, quiso incorporarse, pero no pudo; el pobre francés estaba completamente borracho. Era demasiado. Mi padre le levantó de la cama por las solapas, le echó de la habitación a empujones y aquel mismo día le despidió, con gran satisfacción de Savélich. Así terminó mi educación.

Yo hacía vida de niño, persiguiendo las palomas y jugando con los hijos de nuestros criados. Entretanto cumplí dieciséis años, y entonces cambió mi destino.

Un día de otoño mi madre estaba haciendo dulce de miel en el comedor y yo, relamiéndome, miraba la espuma que se levantaba. Mi padre, junto a la ventana, leía el «Almanaque de la Corte», que recibía todos los años. Este libro ejercía sobre él una gran influencia; nunca lo leía sin un interés especial y su lectura le producía un fuerte acceso de bilis. Mi madre, que conocía de memoria sus manías y costum-

Acceso de bilis:
Alteración del
ánimo.



bres, siempre trataba de meter el desdichado libro lo más lejos posible y, gracias a ello, a veces el «Almanaque de la Corte» no caía en sus manos durante meses enteros. Pero, cuando por casualidad lo encontraba, ya no lo soltaba durante horas y horas.

Como decía, mi padre estaba leyendo el «Almanaque de la Corte» encogiéndose de hombros de vez en cuando y repitiendo a media voz: «¡Teniente general! ¡Era sargento en mi compañía!... ¡Caballero de ambas órdenes rusas!... Parece que fue ayer cuando nosotros dos...». Por fin mi padre tiró el «Almanaque» al sofá y se quedó absorto en un pensamiento profundo que no presagiaba nada bueno.

De pronto se dirigió a mi madre:

—Avdotia Vasílievna, ¿cuántos años tiene Petrusha?

—Ya ha cumplido los dieciséis —contestó mi madre—. Petrusha nació el mismo año en que la tía Nastasia Guerásimovna se quedó tuerta y cuando además...

—Bueno —interrumpió mi padre—, ya es hora de que empiece su servicio. Ya está bien de correr por los cuartos de las criadas y de subirse a los palomares.

La idea de una próxima separación sorprendió tanto a mi madre, que dejó caer la cuchara en la cacerola y le corrieron lágrimas por la cara. En cambio, sería difícil describir mi entusiasmo. La idea del servicio iba unida para mí a la idea de la libertad y de los placeres de la vida de Petersburgo⁶. Ya me veía oficial de la guardia, lo cual me parecía el máximo de la felicidad humana.

A mi padre no le gustaba cambiar de intención ni aplazar su cumplimento. Quedó decidido el día de mi partida. La víspera, mi padre anunció que pensaba darme una carta para mi futuro jefe y pidió papel y pluma.

⁶ Fundada por el zar Pedro el Grande, en 1703, la ciudad fue capital del Imperio ruso hasta la Revolución de 1918 en que fue trasladada a Moscú.



—No te olvides, Andréi Petróvich —dijo mi madre—, de saludar de mi parte al príncipe B., y dile que no deje a Petrusha sin protección.

—¡Qué tontería! —contestó mi padre frunciendo el entrecejo—. ¿Por qué crees que voy a escribir al príncipe B...?

—¿No habías dicho que ibas a escribir al jefe de Petrusha?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que el jefe de Petrusha es el príncipe B...: Petrusha está inscrito en el regimiento Semiónovski.

—¡Está inscrito! ¿Y qué me importa que esté inscrito? Petrusha no irá a Petersburgo. ¿Qué puede aprender sirviendo en Petersburgo? A gastar dinero y a divertirse. No, que sirva en el ejército, que sepa lo que es el trabajo, que huela a pólvora y sea un soldado y no un tunante. ¡Inscrito en la guardia! ¿Dónde está su pasaporte? Tráemelo.

Mi madre buscó mi pasaporte, que tenía guardado en una caja junto a la ropa con que me había bautizado, y se lo dio a mi padre con mano temblorosa. Mi padre lo leyó detenidamente, lo puso en la mesa y empezó la carta.

La curiosidad me devoraba. ¿Adónde me mandaría si no era a Petersburgo? No quitaba ojo de la pluma de mi padre, que se movía con bastante lentitud. Por fin la terminó, metió la carta en un sobre con el pasaporte, cerró este, quitose los anteojos, me llamó y me dijo:

—Aquí tienes una carta para Andréi Kárvovich, mi viejo amigo y camarada. Vas a Oremburgo⁷ a servir a sus órdenes.

¡Todas mis brillantes esperanzas se derrumbaban! En lugar de la alegre vida de Petersburgo, me esperaba el aburrimiento en una región remota y oscura. El servicio, que hacía un minuto había despertado mi

⁷ Ciudad en el sur de los Urales, al este de Simbirsk.



entusiasmo, ahora me parecía una verdadera desgracia. ¡Pero no había nada que hacer! A la mañana siguiente trajeron a la puerta de casa una *kibitka*⁸ de viaje y colocaron en ella una maleta, un pequeño baúl, en el que se introdujo todo lo que hacía falta para el té, y varios bultos con bollos y empanadillas, últimas muestras de los mimos caseros. Mis padres me bendijeron. Mi padre me dijo:

—Adiós, Piotr. Sé fiel al que hayas jurado fidelidad; obedece a tus superiores; no persigas sus favores; no busques trabajo, pero no lo rehúyas tampoco, y recuerda el proverbio: «Cuida la ropa cuando está nueva y el honor desde joven».

Mi madre, entre lágrimas, me pedía que cuidara de mi salud y ordenaba a Savélich que vigilara al niño. Me pusieron un *tulup*⁹ de conejo y encima un abrigo de piel de zorro. Emprendimos el camino, yo sentado en la *kibitka* junto a Savélich y llorando amargamente.

Aquella misma noche llegué a Simbirsk, donde pensaba pasar un día para comprar varias cosas, tarea que encargué a Savélich. Me instalé en una hostería. Desde por la mañana, Savélich se fue de compras. Aburrido de mirar por la ventana a una callejuela sucia, me dediqué a recorrer todas las habitaciones. Al entrar en la sala de billar, vi a un señor alto, de unos treinta y cinco años, con un largo bigote negro, en bata, con el taco en una mano y una pipa entre los dientes. Estaba jugando con el mozo, que al ganar se tomaba una copa de vodka y al perder se metía a cuatro patas debajo de la mesa. Me puse a observar el juego. A medida que proseguía, los paseos a cuatro patas iban siendo más frecuentes, hasta que por fin el mozo se quedó debajo de la mesa. El señor pronunció varias palabras fuertes a modo de

⁸ Carro cubierto.

⁹ Abrigo de piel vuelta.



oración fúnebre y me propuso jugar una partida. Rehusé diciendo que no sabía. Por lo visto, esto le pareció extraño. Me miró con cierta lástima, pero nos pusimos a hablar. Me enteré de que se llamaba Iván Ivánovich Surin, que era capitán del regimiento de húsares, que se encontraba en Simbirsk reclutando soldados y que vivía en la hostería. Surin me invitó a comer con él lo que hubiera, como soldados. Accedí con gusto. Nos sentamos a la mesa. Surin bebía mucho y me hacía beber diciendo que había que acostumbrarse al servicio; me contaba anécdotas militares que me hacían retorcer de risa, y cuando nos levantamos de la mesa éramos ya muy amigos. Entonces se ofreció a enseñarme a jugar al billar.

—Es indispensable —me dijo— para los que somos militares. Por ejemplo, llegas en una marcha a un pueblecito. ¿Qué vas a hacer? No va a ser todo pegar a los judíos. Quieras que no, tienes que ir a una hostería a jugar al billar; y para eso hay que saber hacerlo.

Yo quedé completamente convencido y me dediqué al aprendizaje con gran aplicación. Surin me animaba con voz fuerte, se sorprendía de mis rápidos progresos y al cabo de varias lecciones me propuso que jugáramos dinero, no más de un *grosht*¹⁰, no por ganar, sino solo por no jugar de balde, lo cual, según él, era una de las peores costumbres. También accedí a ello, y Surin pidió ponche y me convenció de que lo probara, repitiendo que había que acostumbrarse al servicio y que sin ponche no hay servicio. Le hice caso. Entretanto, nuestro juego seguía adelante. Cuanto más sorbía de mi vaso, más valiente me sentía. A cada instante las bolas volaban por encima del borde de la mesa; yo me acaloraba, reñía al mozo, que contaba según le parecía, constantemente subía la apuesta...; en una palabra, me portaba como un

Húsar: Soldado perteneciente a un antiguo cuerpo de caballería ligera de la Rusia zarista.

De balde: Gratis, sin pagar dinero ni dar nada cambio.

Ponche: Bebida alcohólica, fría o caliente, que se prepara mezclando un licor con agua, limón, azúcar y, a veces, alguna especia o té.

¹⁰ Antigua moneda equivalente a dos kopeks, es decir, 2 céntimos de rublo.



Rublo: Unidad monetaria de Rusia.

chiquillo recién liberado de la tutela familiar. El tiempo pasó sin que me diera cuenta. Surin miró el reloj, dejó el taco y me anunció que yo había perdido cien rublos. Esto me azoró un poco: mi dinero lo guardaba Savélich. Empecé a disculparme, pero Surin me interrumpió:

—¡Por favor! No te preocupes. No me corre ninguna prisa, y mientras tanto vamos a ver a Arínushka.

¿Qué iba a hacer? El final del día fue tan indecoroso como el principio. Cenamos en casa de Arínushka. Surin me servía vino constantemente, repitiendo que había que acostumbrarse al servicio. Al levantarme de la mesa, apenas podía tenerme en pie. A media noche Surin me llevó a la hostería.

Savélich nos recibió en la puerta y se quedó boquiabierto al ver las inequívocas señales de mi celo por el servicio.

—¿Qué te ha pasado, señor? —preguntó con voz acongojada—. ¿Dónde te has puesto así? ¡Dios mío de mi vida, nunca te había pasado nada igual!

—¡Cállate, viejo chocho! —pronunció con dificultad—. Estarás borracho; vete a la cama... y acuéstame.

Al día siguiente me desperté con dolor de cabeza, recordando vagamente las peripecias del día anterior. Mis pensamientos fueron interrumpidos por Savélich, quien entró en mi habitación con una taza de té.

—Pronto empiezas, Piotr Andréyevich —dijo moviendo la cabeza—, pronto empiezas a divertirte. ¿A quién habrás salido? Ni tu padre ni tu abuelo han sido unos borrachos; de tu madre no hay ni que hablar: en su vida no ha probado otra cosa que *kvas*¹¹. ¿Y quién tiene la culpa? El maldito *musié*. No hacía más que ir a ver a Antípievna: *Madame, je vous prie, vodka*¹². ¡Ahí tienes el *je vous prie*! ¡Mucho bien te ha

¹¹ Bebida alcohólica rusa hecha a base de cebada.

¹² «Señora, vodka por favor». (En francés en el original).



hecho el hijo de perra! Y todo por hacer *outchitel* a ese descreído, ¡como si el señor no tuviera bastante gente suya!

Me sentía avergonzado. Me volví de espaldas y dije a Savélich:

—Vete; no quiero té.

Pero no era fácil parar a Savélich cuando se ponía a sermonear.

—Ya ves, Piotr Andréyevich, ya ves lo que es la bebida. Te pesa la cabeza, no puedes comer. Un hombre que bebe no sirve para nada... Toma salmuera de pepino con miel, y lo mejor para despejarte es una copita de licor. ¿Quieres que te lo sirva?

Salmuera:
Preparación de agua, sal y, a veces, otros condimentos en la que se conserva un alimento.

En aquel momento entró un chico y me dio una carta de I. I. Surin. La abrí y leí lo siguiente:

Querido Piotr Andréyevich, ten la amabilidad de mandarme con este chico los cien rublos que me debes desde ayer. Me hace mucha falta ese dinero.

Queda a tu disposición,

Iván SURIN

No había nada que hacer. Adopté una actitud indiferente y, dirigiéndome a Savélich, quien era «guardián de mi dinero, mi ropa y todos mis asuntos», le ordené que diera al chico cien rublos.

—¿Cómo? ¿Para qué? —preguntó sorprendido Savélich.

—Se los debo —contesté con toda la frialdad posible.

—¡Se los debes! —repuso Savélich, cada vez más sorprendido—. ¿Y cuándo has podido dejárselos a deber? Aquí hay algo que no está claro. Digas lo que digas, no pienso dárselos.

Pensé que si en aquel momento decisivo no llegaba a dominar al obstinado viejo, en el futuro me sería muy difícil liberarme de su tutela; por lo que, mirándole con arrogancia, le dije:



—Soy tu señor y tú eres mi criado. El dinero es mío. Lo he perdido porque me ha dado la gana. Haz el favor de no ser impertinente y cumple lo que te mandan.

Savélich quedó tan perplejo al oír mis palabras, que se limitó a sacudir las manos mirándome fijamente.

—¿A qué esperas? —grité enfadado.

Savélich se echó a llorar.

—Hijo mío, Piotr Andréyevich —pronunció con voz temblorosa—, no me hagas morir del disgusto. Haz caso del viejo: escribe a ese bandido y dile que todo fue una broma, que nunca hemos tenido ese dinero. ¡Cien rublos! ¡Dios misericordioso! Dile que tus padres te han prohibido jugar a todo lo que no sea a las nueces.

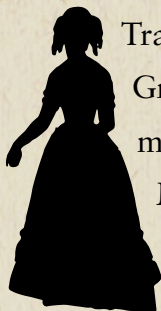
—Cállate de una vez —le interrumpí severamente—; dame ahora mismo el dinero o te echo a la calle.

Savélich me miró con gran tristeza y fue en busca de mi deuda. Me daba pena del pobre viejo, pero quería liberarme y demostrar que ya no era un niño. Mandamos el dinero a Surin. Savélich se apresuró a sacarme de la dichosa hostería. Volvió con la noticia de que los caballos ya estaban preparados. Con la conciencia intranquila y un mudo arrepentimiento salí de Simbirsk sin haberme despedido de mi maestro y seguro de no volver a verlo.

Índice

Presentación: ALEXANDR S. PUSKHIN	5
Capítulo I. El sargento de la guardia	7
Capítulo II. El guía	17
Capítulo III. La fortaleza	29
Capítulo IV. El duelo	39
Capítulo V. El amor	51
Capítulo VI. Tiempos de Pugachov	61
Capítulo VII. El asalto	75
Capítulo VIII. El huésped no invitado	85
Capítulo IX. La separación	95
Capítulo X. El sitio de la ciudad	101
Capítulo XI. El poblado rebelde	111
Capítulo XII. La huérfana	125
Capítulo XIII. El arresto	133
Capítulo XIV. El juicio	141
Capítulo omitido	155
Apéndice: <i>El duelo eterno</i>	169

La hija del capitán



Tras perderse en una tormenta, el oficial Griniov llega a una antigua fortaleza militar. Allí conoce a la hija del capitán, María Ivánovna, de la que se enamora. La fortaleza es tomada por el rebelde cosaco Pugachov. Sorprendentemente, el cruel cosaco no solo perdona la vida a Griniov, sino que le permite partir a su destino. Pero el joven se entera de que el traidor Shvabrin ha quedado al mando de la fortaleza, y María, huérfana y prisionera, será obligada a casarse con él. Aun a riesgo de ser condenado a muerte por desertar del ejército imperial, el joven decide abandonar su puesto y partir en su ayuda... Con una prosa concisa y sencilla, Pushkin hace un retrato magistral de la época de Catalina II.



www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN 978-84-698-2795-6



9 788469 827956

1566086



ANAYA